

AMAR LA LITERATURA

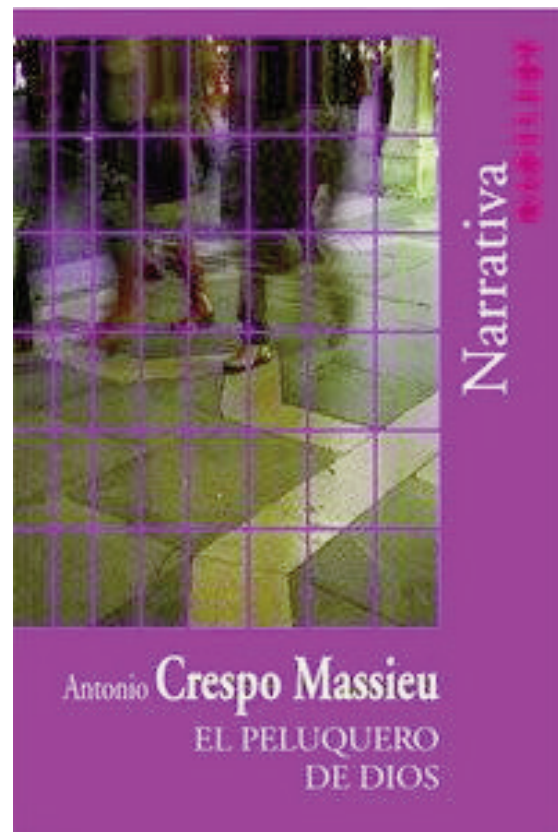
reseña del libro *El peluquero de Dios* de Antonio Crespo Massieu
(Bartleby Editores, Madrid, 2009)

por Isabel Rodríguez

¿Por qué escribir y por qué leer? Muchas veces, a lo largo de mi dilatada vida docente, mis alumnos me han hecho esa pregunta. Y al responderles a ellos, me he visto abocada a responderme a mí misma esas preguntas. Y, sobre todas las razones, prevalece una: amo la literatura porque me conmueve, porque acierta a tocar algo profundo e irrenunciable de mí misma. Pero la pura conmoción ante la belleza, puede ser también sentirse alcanzada por las dimensiones de lo humano, que me hace vivencialmente consciente de mi vinculación y solidaridad con mis semejantes. Y, si en un mismo libro, en un mismo relato, me alcanzan a la vez la conmoción ante lo humano y la conmoción ante la belleza, la experiencia se me hace completa.

Eso es exactamente lo que me ocurre ante el libro de relatos de Antonio Crespo Massieu, *El Peluquero de Dios*. Un libro absolutamente conmovedor, en el que no es fácil precisar qué nos seduce más, si el rico y profundo caudal de humanidad que constituyen todos los relatos o la emocionante belleza formal que aún ahonda esa seducción. La mirada del autor sobre los seres humanos que pueblan sus historias es una mirada fraterna, compasiva en el sentido etimológico del término, una mirada de infinita comprensión ante el dolor, la humillación, la pérdida, que acongojan tantas veces el discurrir de la vida. Y una mirada –y eso es aún, al menos a mi juicio, más admirable en estos tiempos en que la ternura suele suscitar desdén– colmada de ternura, de inacabable piedad. Es la profunda ternura que resbala por las espaldas desnudas de las mujeres a quienes las hábiles manos de Samuel despojan de lo último que les queda, su cabello, ese cabello que cae despacio, acariciando los cuerpos vencidos; la ternura mezclada de dolorida impotencia con que el peluquero contempla la frágil nuca de Ruth, su desnudo cuerpo infantil camino del crematorio; la ternura con que convierte en permanente homenaje la caricia del mechón de su cabello que conserva apretado en su mano hasta el día de su muerte. Una ternura que le es devuelta de alguna manera por el recuerdo de la niña, a la que identifica con la propia reina Ester, y aún más, con el mismo Dios. Así, el dolor de las víctimas, la injusticia y la violencia de que son objeto, se dignifica hasta el máximo grado posible. Es la hondura, la compasión y la fraternidad verdadera de esa mirada la que eleva y dignifica a los protagonistas de ésta y de todas las historias de este libro inolvidable.

Pues estos relatos abren ante nosotros un abanico de posibilidades de gozo y sufrimiento, de proyectos y esperanzas, de frustraciones y recuerdos, de impulso y de melancolía que nos hace conectar profundamente con todos los protagonistas. El impulso que hace a Ángela (*El Regreso*) abandonar su pueblo lleno de silencios, oprimido por el silencio y la humillación impuestos por los vencedores, para buscar una vida más abierta y más libre, para dar cauce a su ne-



cesidad de aprender y luego de enseñar; la convicción después de que también es necesario volver, “regresar, tomar distancia. Luego mirar”. Mirar, ya desde esa distancia bienhechora, todo el dolor acumulado en esos años amasados de silencio, la tortura y la muerte del hermano, los cánticos impuestos por los vencedores, la diaria sordidez de una vida humillada. Mirar para reconciliarse y comprender.

Los relatos de este libro nos enfrentan a múltiples horrores, históricos y personales; pero todo ello aparece salvado por la infinita comprensión de la mirada que se posa sobre ellos. La comprensión con que, sin soslayar el juicio sobre su traición, se contempla a Alberto, el profesor al que, tras acabar su última clase, se le desploma sobre la conciencia, una vez más, el dolor y la vergüenza de haber sido cómplice, de haber traicionado cediendo al miedo, de haberse dejado precipitar en la abyección a que puede conducirnos. Ese juicio que el propio protagonista realiza con despiadada eficiencia: “Entonces perdí el derecho a ser inocente... /... cuando traicioné y me convertí en una sombra”.

Los personajes de estos relatos, sus pequeñas o sus grandes miserias, silencios y complicidades, adquieren *profundidad* precisamente por la comprensiva ternura de esa mirada extendida sobre ellos como un manto protector. Y en el relato por el que confieso sentir especial debilidad, *Pequeño paisaje con figura*, por el misterio y el sueño. Ese intento de abandono de la mísera realidad diaria de desamor, soledad, frustraciones, en pos de otra realidad amada, presentida, soñada. Una realidad donde él se hace sólo conciencia y mirada. Otra vez la mirada, ese elemento por el que Antonio Crespo muestra una indudable predilección. “¿Adivina... /... que en todo paisaje hay un hombre fijado para siempre, que devuelve la mirada y espera?” “Y seguiré en la tienda, fijado a la pared, entre cosas hermosas y viejas. Esperando una mirada”.

